



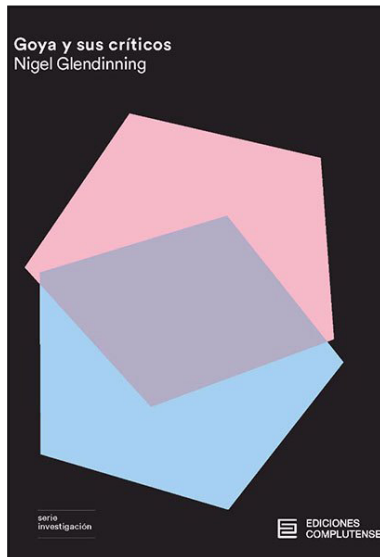
Cuadernos de Ilustración y Romanticismo

Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII

Universidad de Cádiz / ISSN: 2173-0687

nº 24 (2018)

Nigel GLENDINNING (2017), *Goya y sus críticos*, Madrid, Ediciones Complutenses, 524 pp. Edición al cuidado de Jesusa VEGA, con estudios de Valeriano BOZAL y Sarah SYMMONS.



Hay hispanistas que buscaron y encontraron en el estudio de las «cosas de España» (como las llamó Richard Ford) una forma de llevar a cabo su labor académica e investigadora. Se interesaban por determinadas materias, recogían datos —muchas veces desatendidos por los nativos— y aplicaron nuevos métodos para desentrañar terrenos hasta entonces poco o mal explorados. Desde hace un par de siglos esa entrega exterior ha sido significativa y gracias al trabajo aportado por el hispanismo la historia y la literatura española han colmado lagunas que exigían un cambio de mirada y otro tipo de interpretación.

Pero también ha existido otra clase de hispanistas, que no solo convirtieron la cultura española en centro y objetivo de sus trabajos e investigaciones. Además, proyectaron sobre el país una pasión que desbordó los comedidos límites y fríos intereses del simple estudio y con su entusiasta entrega fueron más allá de lo que suele ser habitual en el mundo académico y universitario. Como si escribir sobre España les hubiera empujado a integrarse y a sentir como propio lo que, en principio, solo había sido una elección profesional. Nigel Glendinning podría ser uno de los mejores ejemplos de este último grado de hispanismo. Aquel que se caracteriza por haber sabido transformar una mirada —y una sensibilidad— distante y distinta por

sus orígenes, ingleses en su caso, por otra, adquirida gracias a voluntad, sabiduría y, sobre todo, afecto.

El profesor Glendinning debió captar pronto, al comenzar su especialización (se licenció y doctoró en la universidad de Cambridge) y su labor docente, qué cuestiones españolas estaban más necesitadas de ser revisadas y atendidas. Y guiado por un buen criterio, su atención principal recayó en el XVIII, un siglo que, en el momento de elegirlo como foco de sus indagaciones, solo disfrutaba de un moderado, o más bien escaso, interés dentro de España. Inició su andadura a través de la figura de Cadalso y de la literatura, en un intento de abrir otros horizontes para comprender aquel siglo ilustrado. Como señala Valeriano Bozal, en las páginas iniciales de este volumen, fueron sus primeras preocupaciones aclarar el sentido «del llamado carácter nacional, el peso de la tradición, la ironía crítica, la pretensión de modernidad y la práctica del cosmopolitismo». La búsqueda de respuestas para todos estos interrogantes debió acentuar su apego por el citado siglo y también pudo conducirlo a Goya, transitando así de la literatura al arte, o mejor dicho tendiendo entre ambos campos un beneficioso puente, poco habitual en España, país en el que letras y artes responden a especialidades apenas conectadas. Ya, a principios de la década de los sesenta, supo ver que el papel desempeñado por la sátira política, la alegoría y el concepto de ilusión, puesto en movimiento por los ilustrados dieciochescos, podía ser aplicable también para revelar el potencial crítico que la obra del pintor guardaba. Nigel Glendinning enfocó hacia él sus mayores esfuerzos, porque —de nuevo con palabras de Bozal— «Goya pertenece a un mundo complejo, rico en el debate de ideas y gustos, en el que participan otros artistas, bastantes literatos, damas y caballeros ilustrados».

Pasada ya la mitad del siglo XX, la bibliografía de este pintor contaba con cientos de libros y artículos que habían analizado sus telas, grabados y dibujos. Incluso puede decirse que en su consagración universal, desde mediados del siglo anterior, había participado en un alto porcentaje, junto a una extensa nómina de españoles, la pluma y la crítica extranjera. Muchas hispanistas contribuyeron a colocar a Goya en el merecido sitio del que gozaba, tal como Baudelaire pronosticó. Sin embargo, una sorprendente resistencia mantenía aún oscura la comprensión de importantes zonas de su actividad creadora y no menos opacos permanecían ciertos episodios de su biografía. Al tomar, por tanto, la decisión de enfrentarse con la obra del artista, Nigel Glendinning comprobó que generaciones y generaciones de nombres habían acumulado trabajos de una gran valía sobre Goya. Pero que no por ello las aproximaciones críticas a su actividad parecían agotadas.

Y desde 1963 empezó a reflexionar y a documentarse sobre cuestiones pendientes relacionadas con el artista; quizás con el deseo de llenar algunos de los importantes huecos que esperaban que alguien capacitado los emprendiese y colmara. Para ello, al mismo tiempo que se adentraba en algún aspecto inédito, captó que era prioritario clasificar y valorar la amplia gama de publicaciones ya existentes sobre Goya —en España, y fuera de España— y las distintas utilidades éticas y estéticas que se habían hecho de su obra, desde un siglo antes, hasta el momento en que escogió a Goya como un objetivo mucho más trascendente que una simple fuente de estudios. Investigar esta producción —y la que Goya había provocado en otros pintores— pasó a ser la labor que le daría más sentido a su vida profesional. Al familiarizarse con este corpus, pudo percibir que la nueva y necesaria obra *canónica* que Goya reclamaba no consistía en un nuevo texto que añadir a lo ya escrito por una larga saga de ilustrados, románticos, impresionistas, realistas, naturalistas, surrealistas, marxistas y partidarios de alguna otra doctrina. Esa obra canónica ya estaba escrita: la formaba el conjunto, que debería coordinarse, de los miles de trabajos que se habían publicado sobre él. Con la palabra de tantas individualidades yuxtapuestas, se podía conseguir la voz colectiva capaz de dar cuenta obra tan compleja.

Se podría pensar que el profesor Glendinning en lugar de encerrarse, ensimismarse y promover una obra propia y original que diera cuenta del aspecto más relevante de Goya, visto desde la perspectiva de la segunda mitad del siglo xx, prefirió abrirse a un cometido más humilde, en apariencia, porque exigía ocultar la propia voz para dar cuenta de lo escrito por los otros. Pero, en realidad, este quehacer era tan difícil como generoso y prioritario: acoger, filtrar e interpretar todo, o casi todo, lo significativo que se había expresado sobre Goya, desde que empezó a llamar la atención, como artista, entre sus contemporáneos. Este registro de la magna recepción sufrida, era la obra *canónica* que se necesitaba, pero había sido muy difícil, casi imposible, que, hasta entonces, alguien la emprendiera. Se trataba de un material extenso y disperso, repartido por las más variadas fuentes, géneros y lenguas, porque, como dice Sarah Symmons (en el ensayo sobre «Glendinning y el valor de la crítica» que figura en esta reedición), para llegar a formar «este discurso crítico, Goya no solo inspiró las más diversas reacciones sino también auténticos logros literarios; la historiografía de Goya cuenta en su haber con aportaciones de los más grandes escritores de los siglos xix y xx».

Esta rigurosa recuperación presente en *Goya y sus críticos* lo abarca todo y todo es interpretado y situado en su momento y contrastado su valor. Si Goya es lo que ha pintado, también a ese Goya lo ha situado, como uno de los faros de la pintura, lo que se ha escrito sobre él. Ahora ya está de nuevo disponible el instrumento que permite encontrar toda la riqueza verbal capaz iluminar (y comprender) las imágenes visuales del pintor. Aquella edición española de *Goya y sus críticos*, de 1983, traducción de la publicación inglesa de 1977, agotada hace años, vuelve a reeditarse, manteniendo la misma y acertada versión de María Lozano. Se cumple así con una demanda de los estudiosos, pero también debe convertirse esta cuidada reedición en un homenaje (pocas veces esta palabra puede ser mejor empleada) a este hispanista que ha roto fronteras y se ha hecho acreedor de una larga ristra de elogios, entre ellas, la de haber sabido fundir, en grado extremo, su deseo como investigador con el conocimiento que de Goya se necesitaba. Por todo ello, el empeño de Jesusa Vega para que este libro haya podido reeditarse merece todo tipo de encomios. Porque estas labores de gestión exigen una generosa entrega, como ella misma explica en su entrañable presentación; pero tan noble causa justificaba el esfuerzo. Igualmente apreciables resultan las evocaciones de Valeriano Bozal y Sarah Symmons. De esta última son estas palabras, que merecen ser finalmente recordadas: «Nigel Glendinning perteneció a una rara generación de hombres y mujeres universitarios que jamás persiguieron la gloria personal y sí compartieron sus hallazgos con sus colegas buscando fomentar y afianzar el conocimiento, por eso no se sentía cómodo bajo el foco de los medios de comunicación como consecuencia del interés de estos debido a los cambios en el canon de Goya [...] Como miembro de la comunidad académica, participó de la idea de la investigación como una empresa colectiva y contribuyó a la difusión de ideas y descubrimientos con la misma pasión con la que abogaba por la verdad y el rigor».

Alberto GONZÁLEZ TROYANO